

BOSCH Y PIE, CAÑA Y FUEGO

*Por Lic. Danny Rodríguez Núñez
República Dominicana
dannyrn27@hotmail.com*

No importa cuando ocurrió ni la hora, tampoco si fue sábado o domingo, lo verdaderamente importante es la situación de Luís Pie, a quien el dulce de la caña de azúcar no le alcanzó para endulzar las amarguras del diario vivir; mucho menos adquirir lo básico para el vendaje de sus heridas: las físicas, las del alma...por eso “trató de ver la herida” visualizando sólo una de ellas, aunque sentía dos en los más profundo de sí. Bosch lo sabía, razón por la cual lo contaba con tanta vehemencia y sencillez.

Pie “Quería estar seguro de que el mal había entrado por la herida...” y ahora me confundo porque no sé cuál le atormentaba más si la superstición o sus laceraciones. Vestido con la indumentaria de la esperanza después de agotar una de las tantas jornadas que apaciguaban el hambre y la miseria de cuatro vidas errantes se abría paso, cual reptil enfermizo, en busca de una mano amiga que le condujese a su infeliz pero anhelado destino. Perfumado con la esencia del miedo y agitando su mente con pensamientos fatales, o bien reflexionando, como dicen los buenos cristianos, sobre el paso de la vida a la muerte.

¡Oh angustia intolerante! ¿Por qué envenenas un alma infeliz inyectando gemidos de impotencia en las viudas venas en quien la muerte se ha ensañado? Pero no amigo lector, más que la muerte, la vida. Sí, se ha ensañado la vida con sus incongruencias en aras de llevarlo al abismo. ¿O la muerte en busca de sí? Mejor será abortar las elucubraciones y dar cabida a lo pertinente sabiendo que la muerte no lo buscaba, la encaminaban hacia él los que tienen licencia para el atropello como perros rabiosos incitados por su amo. ¡Oh amo despiadado! Perdón “mi respeto para usted don Valentín Quintero”.

Bosch y Pie o más bien Juan Emilio Bosch y Gaviño y Luís Pie, saboreaban la misma caña de la cual se extrae el delicioso dulce llamado azúcar, pero con una marcada diferencia, la que le tocó a Bosch era un poco más dulcificada aunque con algunos tejidos repletos de perturbación, caña que al ser procesada daba como resultado un azúcar literario cargado de una preocupación social procedente de lo más recóndito de un ser muy humano, un humanista a carta cabal. En cambio la caña de Pie tenía características muy particulares: su tejido con filamentos rojizos, el guarapo teñido de un rojo intenso, la cáscara afilada y pendones con espinas, a veces con gatillo ¡y muy alegre por cierto!

Luís Pie no tenía escapatoria de la realidad que le ofertaba el medio en donde la vida pasaba por él y sus dependientes directos. En él, a veces, la esperanza resplandecía como las estrellas en el firmamento y quizás por ello clamaba “volviendo al cielo una honda mirada de gratitud”. Otras veces dicha esperanza se deslizaba como estrella fugaz, sobre todo cuando él era invadido por la impotencia, acorralado por la injusticia, quemado por el fuego que hacía hervir su sangre o simplemente reducido a escombros como aquellas cañas en un día cualquiera.

Abril, 2009.